

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

Los zapatos en círculo

Alicia García Bergua



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Los zapatos en círculo



Alicia García Bergua

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

Los zapatos en círculo

Alicia García Bergua



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Ricardo Villanueva Lomeli
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Carlos Iván Moreno Arellano
Coordinación General
Académica y de Innovación

Patricia Rosas Chávez
Dirección del Instituto
Transdisciplinar de Literacidad

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2020

Director de la colección
Fernando del Paso Morante †

Coordinadora de la colección
Carmen Villoro Ruiz

Autor
Alicia García Bergua

Prólogo
Patricia Rosas Chávez

D.R. © 2020, Universidad de Guadalajara



José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

Diciembre de 2020

ISBN 978-607-571-015-0

Hecho en México
Made in Mexico



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Estimado lector:

A casi una década de su creación, el Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar, se ha consolidado como una iniciativa de responsabilidad social de gran alcance. Este Programa atiende un problema social que se encuentra en la base de la educación y realiza acciones no sólo para el desarrollo de habilidades como leer y escribir en el ámbito universitario, sino que también promueve el placer por la lectura y el acceso a los libros.

Sabemos que existe una correlación positiva entre la cantidad de libros que se poseen y el desempeño académico; sin embargo, en México sólo una de cada cuatro personas tiene más de 25 libros en su hogar (Conaculta, 2016). Por eso, la Universidad de Guadalajara se ha empeñado en aportar tirajes masivos para hacer accesible la lectura, así como desarrollar una serie de actividades que promuevan el gusto por ésta.

Las colecciones literarias de narrativa, Caminante Fernando del Paso; de poesía, Hugo Gutiérrez Vega, y de ensayo, Fernando Carlos Vevia Romero,

expresan un mensaje que la Universidad de Guadalajara quiere transmitir a toda la ciudadanía: leer es importante, leer es placentero, leer es transformador, leer es posible.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Ricardo Villanueva Lomelí

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

- 11 **Prólogo**
- 13 **¿Quién es Alicia García Bergua?**
- 14 **Poesía para narrar la vida**
- 19 ***De Fatigarse entre fantasmas***
21 No me acerco a ti cuando te toco...
- 23 ***De La anchura de la calle***
25 Después
26 Los zapatos en círculo
27 Mi infancia transcurrió en dos edificios...
- 29 ***De Una naranja en medio de la tarde***
31 El café
32 Cuando mi perro husmea...
33 Deseo ser ligera...
- 35 ***De Tramas***
37 El catalán
39 Siempre de alguna forma uno sigue
 al arrullo de sus padres...
40 Llegamos a su casa al mediodía...
41 Veo las ramas enlazándose...

43 De *El libro de Carlos*

- 45 No sentíamos derecho a ser felices...
46 Cómo me duelen desde que falleciste...
47 No es el recuerdo de haberte visto
 en el ataúd...
48 Fuiste, eres, estás...

49 De *Ser y seguir siendo*

- 51 Canción
52 Por la tarde en el parque
53 Cuando escribo poemas aparece...
54 Mientras duermo sollozo...
55 Cuando la madre muere recordamos...
56 Cuando la madre muere...
57 Cuando la madre muere...
58 Cuando la madre muere te das cuenta...

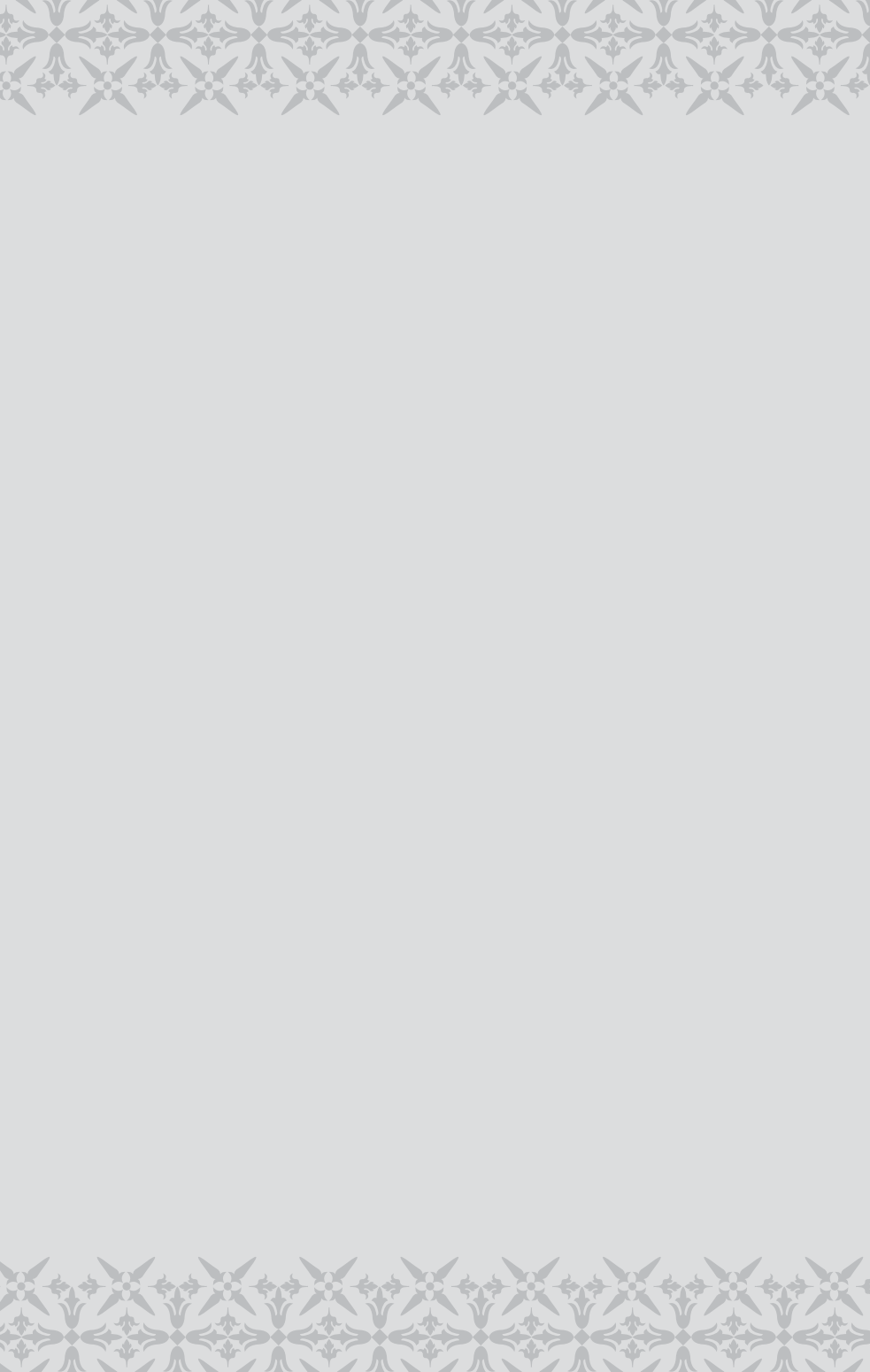
59 Del libro inédito *Salto y sueño*

- 61 Iluminación
62 Soy sola...
63 *Surf*
64 Todos los días mi perro y yo paseamos...
65 Las palabras se van...
66 Era otra cuando joven...

67 Poemas inéditos

- 69 Al llevarnos de niños por la calle...

- 70 Mi hermano
71 La cáscara dura de la nuez de mi infancia...
72 Quedó muy lejos el respiro...
73 Qué somos sin el cuerpo que a todo
 da sentido...
74 Daba miedo el colegio y también la familia...
75 Veo una serie en catalán y se despierta...
76 Desde que mi marido murió...
77 Pienso en el otoño de estos árboles...



Prólogo

Querida lectora, querido lector:

Cuando propusimos a don Fernando del Paso que esta colección de narrativa llevara su nombre, sugirió que mejor se le llamara “Caminante” en alusión al poema de Antonio Machado. Generoso como era, quiso compartir con nuestros estudiantes de la UdeG una serie de lecturas que les animaran y contribuyeran a su gusto por la lectura. Alcanzó a elegir los primeros veinte títulos. Sirva la continuidad de esta colección Caminante, que también lleva su nombre, como un merecido homenaje y agradecimiento por su legado.

Vivimos una época en la que los radicalismos se vigorizan y acentúan; la intolerancia, la falta de respeto y reconocimiento de la otredad se muestran sin pudor en forma de xenofobia, racismo, homofobia o misoginia; el estigma es su raíz y la violencia su manifestación en diversas formas. En el caso de las mujeres, pese a que representamos la mitad de la población, existe una marcada inequidad en todos los ámbitos y se padece violencia de muchos tipos que tiene su culmen en los feminicidios. Educar en la integración, la igualdad, la inclusión y el respeto implica reconocer las diferencias, las inequidades, dar la voz y empoderar a quienes han padecido la invisibilización y el silenciamiento.

Por ello, celebro que la poeta y escritora Carmen Villoro Ruiz, en tanto coordinadora de esta colección, haya sugerido que los diez títulos que ahora presentamos sean las voces de escritoras mexicanas contemporáneas; propuesta que fue acogida con gran entusiasmo por el Comité Editorial de Letras para Volar “Se trata de la mujer de nuestro tiempo: inteligente y crítica, sensible y propositiva” Carmen *dixit*. De este modo, damos voz, empoderamos, visibilizamos y educamos en la equidad e integración. Sirva esta decisión también como un homenaje a Lucinda Ruiz Posada, cuyo activismo intenso por la justicia social brilló bajo la intensa luz de la discreción.

La excepcionalidad de estos nuevos títulos también ha estado marcada por el contexto de la pandemia causada por el COVID 19 que nos llevó a desacelerar el ritmo, como en todo el mundo; no obstante la demora, los cinco títulos que no se habían podido imprimir se materializan como ese refugio que la lectura y los libros nos brindan para no quedarnos en soledad, recabar fuerzas y continuar. Los invitamos a ampararse en las letras de nuestras perspicaces autoras de cara al panorama incierto que nos plantean la pandemia y la nueva normalidad.

Patricia Rosas Chávez
Directora de Letras para Volar

¿Quién es Alicia García Bergua?

Alicia García Bergua nació en la Ciudad de México el 9 de septiembre de 1954, es poeta y ensayista. Es autora de los libros de poesía *Fatigarse entre fantasmas* (Ediciones Toledo, 1991), *La anchura de la calle* (Conaculta, col. Práctica Mortal, 1996), *Una naranja en medio de la tarde* (Libros del Umbral/ Pablo Boullosa, 2005), *Tramas* (Cálamos-INBA-Conaculta, 2007), *El libro de Carlos* (Ed. Juan Malasuerte, 2007), *Ser y seguir siendo* (editorial Textofilia, 2013), *Salto y sueño* (aún inédito) y del libro de ensayos *Inmersiones* (Dirección General de Publicaciones, UNAM, 2009). Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de México. Ha trabajado también como editora y escritora de textos de divulgación de la ciencia en la revista *¿Cómo ves?* y como coordinadora en el portal-taller de escritura creativa en divulgación científica Cienciorama de la Dirección General de Divulgación Científica de la UNAM, www.cienciorama.unam.mx.

Poesía para narrar la vida

CARMEN VILLORO

*Quiero ser ese río de palabras escritas
celebrando el trayecto
Alicia García Bergua*

Parecería que los poemas de Alicia García Bergua están formados por palabras, pero en realidad están hechos de la sustancia inasible del tiempo, y sin embargo la poeta logra aprehenderla por un instante con la magia de la poesía, para después dejarla transitar hacia la evanescencia, como esas nubes que describe en su “CanCIÓN” y que se van bogando para dejarnos un apercibimiento diferente de la existencia. Desde sus primeros poemas de juventud, en su libro *Fatigarse entre fantasmas* nos habla de una “nostalgia largamente paladeada” y con ello de un gozo sutil, una poética de la ausencia que, paradójicamente, le da sentido a la pérdida:

un pedazo de tiempo que soltamos
para que nos hiciera falta para siempre.

Se trata de una poesía autobiográfica que narra momentos de la vida y la experiencia emocional de es-

tar ahí, en cada uno de ellos, con la mente consciente e inconsciente, con el cuerpo atravesado por la vivencia y el alma comprometida. Es por ello que la escritura de Alicia es un trabajo no sólo con el lenguaje sino con el ser interior, un álbum de fotografías que captura escenas cotidianas procesadas al interior de los versos, cer-nidas finamente entre silencios, para dejar su esencia al descubierto. La poeta nos hace saber que la vida propia lleva una carga de la de los padres y aún de los abuelos. La tristeza de aquellos está presente en la mirada de esa niña que mira la ciudad como un asilo:

Nos recuerdo en el salón de música del kínder
muy asustados de llegar temprano y de muy lejos
cargando los abrigos y el almuerzo
como si de otro exilio se tratara,
como si esa escuela enorme fuera un tren
que quién sabe adónde iba a llevarnos.

Además de la vivencia del ser en tránsito, la poesía de Alicia García Bergua nos comunica una forma particular de habitar el espacio. Su sensibilidad abarca dimensiones que no están en la realidad ni en la vigilia sino en otros registros que nos acompañan casi imperceptiblemente, ese “lugar más vasto, que nos contiene a todos en silencio”. Había otro mundo que un día se perdió, otro idioma callado, transmitido en gestos y costumbres que Alicia atesoró en el lugar secreto de los

sueños que surgen cuando escribe. La palabra poética de Alicia es un intento de nombrar esa herencia callada para liberarla por fin de aquel encierro. Dejar morir el cuerpo de la madre, romper “el hilo tenso” que nos ata para empezar a vivir de otra manera.

Son estas presencias transgeneracionales las que llevan a Alicia a emprender una búsqueda del propio yo a través de la poesía. La poeta reflexiona en estos versos incluidos en su libro *Tramas*:

Siempre de alguna forma uno sigue al arrullo de sus
padres,
sus voces nos asientan, no permiten que se nos lleve
el aire.
Somos el sedimento de ese arrullo, [...].

El acopio del tiempo permite a la poeta detenerse a mirar transformaciones y permanencias en el yo cambiante. Es “toda ojos, nariz y oídos” en la infancia, un caracol de miedos que necesita una coraza donde protegerse, para después transformarse, en la juventud, en un ansia de saber y de querer: alguien que va corriendo. La edad adulta es ese “árbol en la mente/ que se transforma siempre al avanzar”. Sólo la madurez solitaria y reposada le permiten reencontrarse con todas sus edades. La muerte del ser amado tiene en la poesía de Alicia García Bergua un lugar central. Un acontecimiento que se convierte en revelación de una verdad: lo vivido

es presente eterno, inolvidable y al mismo tiempo la vida son “todas esas cosas que en su puro avanzar/ te irán borrando.” El dolor se transforma en sabiduría:

Y vamos avanzando hacia la tarde
porque es la vida,
no hay otro camino que podamos seguir.

Para resistir, para sobrevivir, Alicia se aferra a la poesía, le toma la mano que un día la soltó en la multitud. La poesía de Alicia García Bergua descubre el desamparo de la condición humana, nuestra ineludible soledad. Efímeros y finitos, somos sin embargo ese cuerpo apasionado que hace tierra, la plenitud que nos ancla por un instante. Estar, asistir al propio, doloroso acontecer sin dar la vuelta.

Necesito (que las palabras) me hagan tropezar,
y me obliguen a estar, a detenerme.

De *Fatigarse entre fantasmas*

Ediciones Toledo, México, 1991.

No me acerco a ti cuando te toco,
sino a la nostalgia largamente paladeada
que cubre los muros limpios de las tardes
y contempla en el humo los recuerdos vacíos.
La experiencia es un abrazo precario,
una mano distraída que se suelta en un cruce
entre la multitud,

Ahora trato de enlazarme a esa mano
que en mí viene y va
como ese autobús donde nos conocimos
y viaja normalmente sin nosotros.
Pero es sólo una línea,
que trata de atrapar con un señuelo,
un pedazo de tiempo que soltamos
para que nos hiciera falta siempre.

De La anchura de la calle

Dirección General de Publicaciones, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Col. Práctica Mortal, México, 1996.

Después

Está vacío el escenario
después de la lluvia,
camino el trecho húmedo,
arbolado de mi calle
y veo copas
derramar rojos, violetas
abriendo la grisura.
Respiro en soledad
la sensación callada
que me queda,
en una luz serena
que oscurece.
Debe ser el amor
este aire que arropa
con su calma ligera,
con su puerta entreabierta
que nunca espera a nadie en especial.

Los zapatos en círculo

Miro el atardecer por la ventana,
de su paso luminoso entre el follaje,
conservo el silencio
con el que se alejan
las zancadas del tiempo.

Uno no es la vereda,
es sólo los zapatos tierra adentro
que rememoran la humedad lodosa.

Uno es la noche de los grillos
murmurando canciones
que después se evaporan.

Uno no es el río
que escucha a lo lejos,
ni el árbol que duerme en el portal
—quisiera serlo.

Uno es simplemente
el umbral que atraviesa
y detiene en el atardecer
el silencio con el que se aleja.

Mi infancia transcurrió en dos edificios

y en los grandes terrenos de una escuela
que ahora no se encuentra donde estaba.
De aquellas construcciones me quedan los retazos
que a veces aparecen en mis sueños,
camarotes aislados de su entorno marino.
Las casas eran ojos por los que escudriñamos la ciudad
antes de caminarla.
Mi infancia se fue por las ventanas,
balcones y azoteas, bajo un cielo
que asaltaba siempre con la duda
de por qué vivir ahí y no en otra parte
donde hubiera edificios parecidos.
Ir a la escuela era un desembarco
y volver a embarcar en otra nave
distinta de sus calles aledañas.
Allí había otros niños
que veían pasar por su ventana a la ciudad asilo.

Ella estaba allí fuera indiferente
tan imposible como aquellas ciudades
que perdieron los padres, los abuelos.
Pasear por ella y encarar su silencio
era un deseo secreto que nos alimentaba,
ya nunca el de ir más lejos.
Después de la comida ella nos dedicaba
un silencio de hombres detenidos
en distintos lugares de la calle;

mientras ellos miraban hacia arriba,
se marcharían los árboles, los postes y las casas.
A las seis de la tarde todo se reanimaba,
un río de sirvientas iba al pan.
Ellas nos conducían entre risas
porque eran vigiladas a distancia.
Nosotros no entendíamos, seguíamos sin pensar
el curso natural de aquellas venas.

De *Una naranja en medio de la tarde*

Libros del Umbral, Pablo Boullosa editor,
México, 2005.

El café

Para Tomás Segovia

Alguien se sienta solo en una mesa,
atisba sin mirar y medio escucha
el trajín de los trastes
y un rumor que se eleva
haciendo resonar las carcajadas.
El débil tintineo de un cubierto,
los transeúntes que pasan por la acera
le levantan la vista y marcan una pausa
a lo que está escribiendo.
Afina las palabras en medio de un murmullo
que se va por la puerta y deja un chiflón.
Al borde de la taza se abandona y piensa en frases
que el humo va lanzando por los aires.
Esas palabras no germinarían
en el silencio de una habitación,
necesitan que un mundo las abrigue
sin conducirlas a ninguna parte,
que las dejen ahí y otros las lean
al borde de otra taza,
al paso de la gente.

Cuando mi perro husmea

profundiza en su vida limitada
a la estrecha pared de mi existencia.
Su manera de ser me da nostalgia,
nuestra vista y oído desterraron
la sensación que da el olfato
de un lugar más vasto
que nos contiene a todos en silencio.
Cuando paseamos y queda absorto
en detalles que escapan a mi vista,
parece sumergirse y tocar fondo
en ese mar de aire donde habita;
yo simplemente espero,
lo ayudo a atravesar de orilla a orilla.

Deseo ser ligera,
que el peso de mi cuerpo me abandone,
que el agua de la tinta
que fija lo que escribo me bautice;
continuar avanzando
por la parte profunda de este río
sin que nunca me atrapen las raíces.
No quiero sumergirme en el pasado,
mirar lo que ocurrió
como una especie de infierno submarino,
como muerte soñada eternamente.
No quiero visitar barcos hundidos
y pensar que allí hay fiestas de eterna juventud.
Quiero ser ese río de palabras escritas
celebrando el trayecto,
brindar por la memoria de los vasos
que siempre dosifican y se alzan a la luz.

De Tramas

Cálamos, Instituto Nacional de Bellas Artes, Consejo
Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2007.

El catalán

En mi infancia mis padres
lo fueron enterrando.
Sólo lo usaban para andar por casa.
Mi abuela en cambio,
vivía todo el día
apoyada en su lengua.
Su catalán también crecía allí,
en ese suelo árido
donde tuve dos nombres,
aquel con que mis padres me llamaron
y el de mi yo silvestre y marginal
en boca de mi abuela.
Ya no tengo ese idioma
ni ese nombre,
sólo el recuerdo del clima agreste
en que mi abuela hablaba.
Había un ruido excesivo
que me impedía saber
lo que mis padres
callaban al perderlo.
Pero yo aún escucho
su música huidiza,
me da lo necesario para ir tanteando
entre la oscuridad.
No puedo conformarme
como lo hacía mi abuela

imaginando que las palabras surgen
sólo para dar forma al pensamiento.
Necesito que me hagan tropezar,
que me fije en que no puedo ver así de golpe
y me obliguen a estar, a detenerme.

Siempre de alguna forma uno sigue al arrullo

[de sus padres,

sus voces nos asientan, no permiten que se nos lleve el aire.

Aun luchando con ellas su sonido adormece

[y su ausencia despierta:

nos obliga a pensar lo ya pensado,

nos detiene en los muros y en las puertas.

No es lo mismo escucharlas adentro, como algo imaginado,

a saber que están fuera, todavía en tus padres,

ni sentir cuando corres escaleras abajo tratando de

[olvidarlas,

lo duro del peldaño que sostiene tus pasos.

Somos el sedimento de ese arrullo, la arena que se

[queda justo al ras

para decirnos que esto es un vaivén, que no avanzamos.

Llegamos a su casa al mediodía,
nuestro padre había muerto dos veces
temprano en la mañana,
en una despertó y después nunca.
Mi hermana y yo hallamos su silencio increíble,
intentamos llenarlo siendo él,
brindar con el tequila
que siempre se tomaba aquellas horas,
pero apenas sentíamos el hueco.
¿Cómo decirle adiós a ese hombre
que ya no vimos irse de su cuerpo?
En el absurdo confort del ataúd no dormía,
parecía un muñeco que al paso de las horas
se volviera distante, inabarcable,
como toda materia.
Después su inmensidad comenzaría en nosotras
el soliloquio que seguimos teniendo con él muerto.

Veo las ramas enlazándose,

unas semejan brazos, otras hombros,
sus hojas parecen ignorar las raíces del tronco
y sólo estar pendientes de los pájaros,
los nidos y las redes
que se tejen entre ellas.

Son familias firmemente atenuadas
a su estructura ósea.

Las une y las dispersa
el precio ineludible de elevarse
partiendo de un origen similar.

Nuestros lazos en cambio son opacos,
nuestras huellas se borran.

Por eso al recordar no somos rígidos
y al volver a andar los mismos pasos
vamos improvisando
sobre un equilibrio imaginario,
un árbol en la mente
que se transforma siempre al avanzar.

De *El libro de Carlos*

Juan Malasuerte, México, 2009.

No sentíamos derecho a ser felices

pero abrimos un trecho al final del verano;
el trecho entre las ramas de las memorias tristes
nos hizo ver la luz que proyectábamos
casi sin darnos cuenta,
tan sólo al conversar
y abandonarnos uno en brazos del otro
o caminar al lado.

Vivimos sin pretender ser otros.

Éramos los de siempre,
que podían haberse conocido
en tiempos más remotos.

Nos parecía natural amarnos
al paso de los días y los años.

Seguíamos la corriente ya casi sin dudarlo,
sin pensar más allá del único paisaje
de la vida que atisbas desde aquí;
entre amigos, familia, trabajos, soledades.

Cómo me duelen desde que falleciste

la gente, los autos, las casas,
incluso hasta los árboles que amo...
Todos siguen aquí como si nada,
esperando que pases con el perro,
plantados en un día que borra al anterior
con todo lo uniforme y rutinario.
Despertar a diario
se ha vuelto para mí una montaña
que tengo que trepar y descender
observando las cosas como nunca.
Abro los ojos y me agarro de ti,
de tu recuerdo,
y a la vez quiero andar el camino
que marca cada día
con todas esas cosas que en su puro avanzar
te irán borrando.

No es el recuerdo de haberte visto en el ataúd

lo que me duele ahora más que nada
sino esa despedida el domingo anterior a que murieras,
la llamada que te hice al llegar a Tepic
hablando del avión pequeño en que viajé
y cuando en la noche al llamarte ya no me respondías.
En mi pecho se abren los abismos
de pequeños acontecimientos
que me detienen en un presente eterno, inolvidable.
Mi cuerpo se desconoce
ante todos los signos de tu muerte
y busca tu presencia
en todos los objetos,
o en lo último que hiciste o que dijiste...
pero mi cuerpo también sabe que no estás
y que lo que era tuyo y también suyo
se ha retirado fatalmente,
que ya estoy sola aquí,
sola contigo adentro.

Fuiste, eres, estás

no te has ido realmente,
te sigo oyendo con mi voz;
sigo siendo tu voz
y no te alejas.

De Ser y seguir siendo

Textofilia, SEP, CONACULTA, INBA, México, 2013.

Canción

Las nubes se van bogando,
muy lentamente descubren
partes del cielo en la tarde.
Las miro por la ventana
y pienso que se dirigen
a alguna parte
con sus jirones muy blancos
atravesando los aires,
como barcos de vapor
que van flotando incansables
sobre los campos.

Las nubes se van bogando,
se va el sol, se va la tarde;
la noche me hace olvidar
esos jirones tan blancos
como si ya fuera otra
la que mirara estos aires.

Las nubes no volverán,
serán otras las que vengan
en otra tarde a bogar.
Otras, las nubes y yo,
seremos en esas tardes
en que yo ya no las mire
avanzar por estos aires.

Por la tarde en el parque

Él vivía en el jardín como la Esfinge.

Estaba en el jardín sencillamente.

Eliseo Diego

Estamos aquí con nuestros perros para olvidar
a quienes hemos sido en este día;
ya no decimos nuestros nombres
sólo los de los perros.

Estamos aquí para purificarnos de intenciones,
no para ser indiferentes.

La voluntad de ser nos pesa mucho
y esa necesidad de los perros
de estar con la manada
provoca un gran alivio.

Queremos disfrutar verlos correr airoso
gastando a manos llenas la energía
que nosotros ahorramos
para vivir más tiempo,
para pensar también a manos llenas.
Ellos nos dan el cuerpo que perdemos
y que desea ir alegremente
tras la pelota que la vida lanza.

Cuando escribo poemas aparece

la dignidad herida de mi madre
y su empeño en callar lo que sentía;
mis palabras son al comienzo
sólo un paso en la página
para librarme de eso;
y no obstante me cuestan
como si en ellas me fuera la vida,
sólo por eso sé que soy poeta.

Mientras duermo sollozo,

lo sé porque despierto
muchas veces llorando.

Es que ahora soy huérfana
y es difícil decirlo a esta edad
no sin cierta ironía.

La mujer que en mi sueña ha constatado
que sus padres murieron
ya también aquí fuera,
donde estoy escribiendo.

Cuando la madre muere recordamos

cómo al comienzo vimos con sus ojos
y lo difícil que ha sido separar
sus ojos de los nuestros.

Porque la madre era también
eso que somos ahora sólo en parte
y persistió en nosotros
como razón de ser sin que supiéramos.

Cuando la madre muere,
nuestro cuerpo que creció en el de ella
y después junto a ella
escuchándola hablar
y observando sus gestos,
pierde peso y marcha a la deriva;
con su muerte la madre leva
la ilusión de un ancla,
de un lugar de partida
al que siempre se puede regresar.

Cuando la madre muere

y una no ha sido madre,
se pierde el hilo tenso
que nos ata a la tierra,
y que llevan las madres y sus hijos.

Cuando la madre muere te das cuenta

de que ella, a la vez que persona,
fue un cuerpo tuyo
también en cierta forma.

Cuando la madre muere
muere el cuerpo que sin querer
dejaste en su custodia,
y naces otra vez de otra manera

Cuando la madre muere
entierras ese cuerpo
que fuiste junto a ella
y vas tras su persona.

Del libro inédito *Salto y sueño*

Escrito entre 2015 y 2016.

Iluminación

De mañana un río de sol corre por la acera
y cascadas de luz caen de las ramas,
las hojas brillan,
quizá mi perro y yo también.
Recibimos contentos este baño,
el verdadero,
y vamos avanzando hacia la tarde
porque es la vida,
no hay otro camino que podamos seguir.

Soy sola

quisiera que las palabras me acercaran
a todos los que quiero,
pero eso es imposible;
aquí estoy como siempre evanescente,
aparezco tras unas líneas
y después me borro.

Soy sola y aquí adentro estoy con mis amigos
y también con mis muertos;
soy ese pozo que en mi mente
la vida ha ido dejando
como una sed de amor interminable.

Surf

Trato de incorporarme y me arrodillo,
no puedo olvidar que soy la que recorre un túnel de
[tristeza.

Casi siempre me levanto,
pero ahora no,
estoy exhausta de erguirme
en tan sólo una línea y llegar lejos
hasta otros que en realidad no están.

Todos los días mi perro y yo paseamos

junto al viejo ahuehuete casi muerto,
se yergue entre las frondas de los fresnos
y su tenacidad de estar plantado
mostrando esas raíces
y ese tronco que se descascara,
me llena de piedad
porque sabe que la vida puede ser sólo esto.
Sin pasar caminando, sin ahondar en hechos
y sin una cabeza que se pierda rumiando,
el ahuehuete está siempre dispuesto
a ser lo que es sin disculparse por ya no tener hojas.

*Hoy me gusta la vida mucho menos,
pero siempre me gusta vivir: ya lo decía.*

Cesar Vallejo

Las palabras se van,
me dejan contemplando
y no importa, me quedo,
ya no iré tras aquello:
el sentimiento vago,
la intuición de un camino a seguir.
No es que no haya horizonte,
pero aquí me detengo a mirar todo esto.
En mi niñez fui toda ojos, nariz y oídos,
cómo me extraño tan inmersa en cosas
y carente de un yo.

Era otra cuando joven,

era otra ...

otra con otro cuerpo que desconocía

y no podía controlar,

otra que una especie de yo manejaba con ansia,

con ansia de saber algo que ignoraba,

con ansia de querer y ser querida.

Otra que no sabía que era muchos:

su mamá, su papá, sus hermanos y amigos ...

todos ahí revueltos dentro de ella,

fundidos en su voz que no salía,

que no podía cantar “soy yo” en medio del concierto

aunque la música la llevara siempre de un lado a otro

o a ninguna parte.

Era otra que de pronto aparece,

la puedo ver corriendo entre estas líneas

tan viva en mí que aún sigue latiendo.

Poemas inéditos

Al llevarnos de niños por la calle

nuestra madre iba absorta
sin ponderar el suelo que pisaba
y casi sin mirar alrededor.
Apretaba nuestras manos fuertemente
transmitiendo su miedo de exiliada,
de estar perdida en la ciudad ajena.
Esos eran los sueños que tenía y yo los heredé
como si fueran parte de mi cuerpo.
Me ha costado saber que no son míos,
que es su desamparo que me toma con fuerza
y me aparta de mí y del territorio
que recorro a diario con mi perro
sólo para curarme la extrañeza
de la impronta que traigo.

Mi hermano

Lo tenía que cuidar más que a mí misma.
Éramos tímidos como nuestra madre
que al sonreír desviaba la mirada
y parecía estar en otra parte.
Construíamos una barrera de silencio
para que casi nadie se acercara;
él sabía callarse y escuchar, guardarse muy adentro.
Yo únicamente imitaba el gesto,
pero me era imposible salir de esa extrañeza
de no poder ser niña,
de pensar que él me juzgaba al igual que mis padres
que nunca fueron niños por la guerra.
Nos recuerdo en el salón de música del kínder
muy asustados de llegar tan temprano y de muy lejos
cargando los abrigos y el almuerzo
como si de otro exilio se tratara,
como si esa escuela enorme fuera un tren
que quién sabe adónde iba a llevarnos.

La cáscara dura de la nuez de mi infancia,
sigue en el tanque de arena del kínder
donde viejos maestros del exilio español jugaban a sembrarnos
sin poder transmitir muy bien lo que querían.
Mientras los padres iban adelante por un camino nuevo,
uno en la arena se hacía caracol de su destino,
construía la coraza para mirarse adentro sin peligro
en un mundo de miedos.
Fue allí que nos hicimos deshaciéndonos,
que nos pensamos en partículas,
que nos hicimos fuertes tan sólo por sentir el magnetismo,
la dirección del viento.

Quedó muy lejos el respiro

de cuando en apariencia nadie faltaba,
los que se van me abren un hueco
por el que entran dios y el universo
dejándome con miedo de levantar la voz.
Es con esa voz baja que ahora hablo
y evoco mi niñez
que nunca pude mirar sino hasta ahora
en que mis ojos dejaron de ser míos
para irse con el tiempo.

Qué somos sin el cuerpo que a todo da sentido;

no importa como esté, aunque cojee,
aunque una mano tenga que ayudar a la otra,
el cuerpo siempre sabe cómo seguir viviendo.
Pero ahora el tuyo se ha olvidado incluso de comer
y de pronto se queda sumido en el vacío.
Ahora necesitas al animal presente en tus poemas,
sus ganas de comer y ser comido,
esa naturaleza feroz que tú contemplas
con asombro, piedad y mucho miedo.
El ansia de vivir y ser contemplativo
en ti se contradicen.
Un latido y una culpa te dominan,
no te dejan dormir,
tienes que hallar los cables que los unen,
sueño que te ayudo a buscarlos
en un desván inmenso de tu mente.

Daba miedo el colegio y también la familia,
todos hablando a gritos en este país callado en ese entonces.
Recuerdo a viejos maestros del exilio español
que enseñaban rumiando su pasado sin poder hablar de él,
no contaban todo lo que atravesaba por su mente
mientras nos explicaban cualquier cosa,
pero de alguna forma lo leíamos
a través de sus gestos contrariados y enfáticos,
suspendidos en un lugar lejano en medio de una guerra
que no acababa nunca de pasar.

Veo una serie en catalán y se despierta

una yo muy lejana que se deja llevar

por el ancho sendero de esa lengua.

Al escuchar la serie me tiendo en el regazo de mi abuela
que hablaba catalán,

para quien yo era sólo una niña perdida en un colegio
[enorme,

a quien había que darle el piso de otro idioma.

Pero no es la lengua lo que me atrae ahora,

son esos gestos que apuntalan las frases

y que a mí me nacían.

Aún persisten como un deseo

de ser siempre algo más que esta yo misma

que se aventuró en México

más allá del exilio de sus padres y abuelos,

y se siente extraviada desde siempre.

Desde que mi marido murió

he ido recuperando poco a poco ese cuerpo

que dejaba en sus brazos por momentos.

Ahora lo percibo como en la pubertad

cuando me internaba con él en lo desconocido que

[sentía.

Otra vez aprendo de su ignorancia, de su torpeza y de

[su soledad.

Ahora que atiendo sus mínimos achaques

y camino con él todos los días

sin que ya nadie lo vea o tome en cuenta,

lo empiezo a disfrutar como cuando corría largos trechos

regresando de la secundaria.

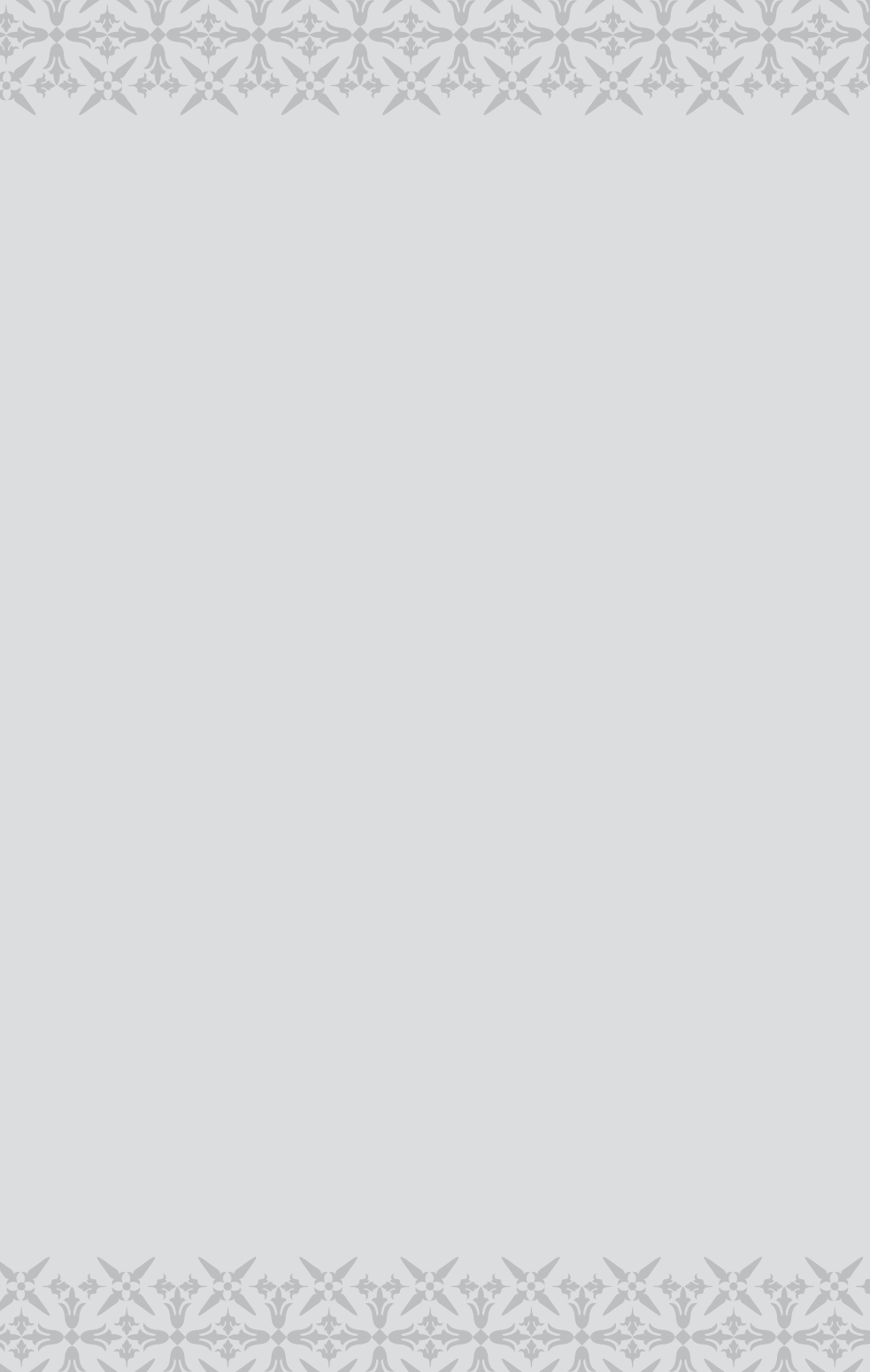
Me despedía de él en ese entonces,

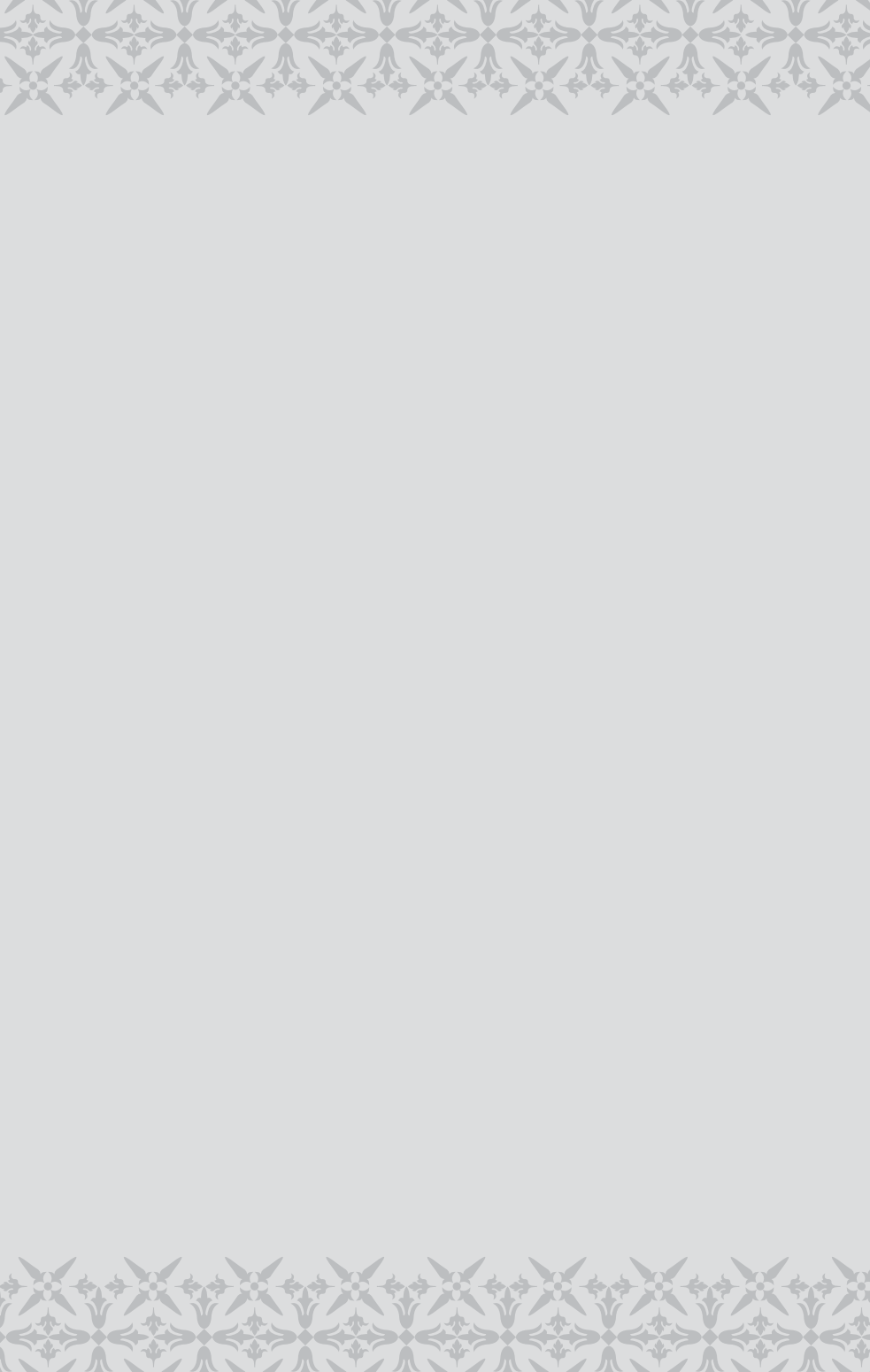
ahora lo sé, y ahora lo reencuentro.

Él es el misterio final para el que siempre estaré ciega,

él es yo y lo veo solamente al pasar.

Pienso en el otoño de estos árboles,
en cómo se deshojan,
ha de ser delicioso desnudarse así y después reverdecer.
Cuando barro las hojas del patio
siento también que me deshojo,
que mi tronco, como el palo de escoba, terminará ligero
y dispuesto a vivir un año más.
No echo a la basura todas las hojas,
dejo un montón para que hagan tierra en la jardinera,
es también mi manera de hacer tierra
y no quedarme en el aire creyendo
que es eterno este vaivén que limpia las baldosas





**Los
zapatos en
círculo
se terminó de
editar en diciembre de
2020 en las oficinas de la
Editorial Universidad de
Guadalajara, José Bonifacio Andrada
2679, Lomas de Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco**

**Iliana Ávalos González
Coordinación editorial**

**Paola Vázquez Murillo
Jefatura de diseño**

**Jorge Orendáin
Cuidado editorial**

**Maritzel Aguayo Robles
Diseño y diagramación**